

# MUSEO DEL TIEMPO

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 63

# MUSEO DEL TIEMPO

*por*

Marcial Fernández

*F*ICTICIA

---

MÉXICO  
2019

Esta obra literaria se realizó con el apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Programa del Sistema Nacional de Creadores 2014.

MUSEO DEL TIEMPO

D.R. © Marcial Fernández

D.R. © Ficticia S. de R. L. de C. V.

D.R. © Luis Lucacci, por el retrato del autor.

Primera edición: mayo 2019

FICTICIA EDITORIAL

Editora: Mónica Villa

Diseño del libro: Rodrigo Toledo Crow

Magnolia 11, colonia San Ángel Inn, alcaldía Álvaro Obregón, c. p. 01060,  
Ciudad de México.

[www.ficticia.com](http://www.ficticia.com)    [ficticiaeditorial@ficticia.com](mailto:ficticiaeditorial@ficticia.com)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor. Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-607-521-113-8

Impreso y hecho en México / *Printed in Mexico*

A Vicente Collado

A Eladio Andrés

## MUSEO DEL TIEMPO

Leoncio Iturbe es arquitecto, aunque si usted le pregunta por su profesión, responde:

—Tiempero.

Y él, como otras personas que compraron en su momento los relojes biológicos Cribs, sabe el instante exacto en el que morirá. En su caso, el próximo martes a las 17:35 horas.

✱

Lo conocí en mi tienda hace muchos años. Llegó con una clepsidra que, le habían dicho, perteneció a Aspasia de Mileto, la más famosa hetaira de Atenas.

—Interesante —dije cuando colocó el reloj de agua en mi escritorio—. ¿Qué quiere hacer con él?

—¡Cómo que qué! Autenticarlo.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Es falso.

Se quedó en silencio. Murmuró algo que no alcancé a oír. Luego alzó la cabeza y me dejó ver sus ojos azules, bondadosos.

—¡Me estafaron! —se ruborizó.

—A medias.

Puso cara de crédulo y abundé:

—Las vasijas que componen el reloj están perfectamente conservadas. Sin embargo, no son de la época clásica, sino de alrededor de tres siglos más tarde. Y tampoco griegas. Se trata de un instrumento egipcio o romano, según se quiera ver.

Rematé:

—Podríamos decir que es el reloj de Cleopatra y Julio César, o bien el de Marco Antonio y Cleopatra.

El hombre volvió la mirada a la clepsidra, sonriéndose sin saber qué comentar. O no le hizo gracia mi broma, o no la entendió.

—¿Cuánto pagó por ella? —pregunté.

—El dinero no importa. Lo que me indigna es que me vieran la cara de imbécil. Caí redondito, como turista que cree descubrir un Matisse en un mercado de pulgas.

—¿Cuánto pagó por el reloj? —insistí

—Le digo que eso no importa, hombre. Cinco mil libras.

—Pues vale, al menos, el doble. Aunque es difícil encontrar comprador para este tipo de piezas. Si gusta, me lo deja a consignación seis meses y, si logro venderlo, nos dividimos las ganancias en partes iguales.

—Pero la historia de esta clepsidra es hermosa —dijo como si no hubiera escuchado—. Me explicaron que, en Atenas, Aspasia, aun siendo la amante de Pericles, seguía vendiendo favores sexuales y, en cada cliente, se demoraba según se vaciaran y se llenaran estas vasijas.

—Si eso fuera cierto y pudiera verificarse —apunté—, este reloj no costaría ni cinco ni diez mil libras, sino algo más. Pero no es así. Yo le recomiendo que acepte mi oferta, se quite la preocupación de haber comprado una pieza

arqueológica robada y gane unos cuantos miles de pesos. El sujeto posó de nuevo sus ojos en mi rostro y me di cuenta de que, aunque me veían, estaban en otra parte.

—Gracias, pero no. No está a la venta.

Salió de la relojería sin darme siquiera su nombre ni los honorarios de mi rápido dictamen que, no por escueto, dejaba de ser valioso.

\*

A los pocos días el hombre regresó a la tienda. Se disculpó por su actitud durante la visita anterior y se presentó como Leoncio Iturbe, arquitecto y tiempero.

—¿Entonces usted habla con los volcanes? —pregunté un tanto irónico al recordar al agorero de Santiago Xalit-zintla, Antonio Analco, quien supuestamente puede predecir las erupciones del Popocatépetl, ya que afirma ser capaz de hablar con el volcán.

—No, no, para nada —respondió con timidez—. Sólo soy un estudioso del paso del tiempo y sus instrumentos de medición.

Dándome la mano, abundó:

—Me puedes llamar Leo, así me dicen mis amigos.

—Bueno, Leo, ¿qué lo trae de vuelta? —cuestioné, pensando en mis honorarios no cubiertos y en la posibilidad de venderle un reloj de bolsillo que había pertenecido a Porfirio Díaz.

—También me puedes tutear.

—Está bien, Leo, ¿en qué te puedo servir?

—En algo que te parecerá un atrevimiento.

—Escucho.

—¿Conoces el Templo de Kukulkán?

—¿La pirámide de Chichén Itzá?

—Esa.

—En fotografías.

—Pues te invito a visitarla. La próxima semana se celebra el equinoccio de primavera y estoy seguro de que te gustará ver cómo un reloj de mil años se convierte en un dios que desciende a la Tierra.

Me quedé callado. Aunque aquel sujeto me daba confianza y lo consideraba un cliente potencial, bien a bien no entendí por qué alguien invitaría de vacaciones a una persona que acaba de conocer. Al advertir mi reticencia, preguntó:

—¿Estás casado, Albert? ¿Te puedo llamar Albert?

—Sí, claro.

—Pues entonces ya está —dijo como si mi respuesta contestara a sus interrogantes—. Vamos de parejas. Estoy seguro de que nuestras señoras se la van a pasar de maravilla, no por nada ambas se casaron con tiemperos.

★

A la distancia no sé por qué acepté la invitación. Sin embargo, el sí definitivo se lo di sólo después de hablar con Natasha, con quien en esos días estaba intentando tener un hijo. Esa noche, durante la cena, le comenté:

—Un cliente nos invita a pasar unas vacaciones a la península de Yucatán. ¿Te gustaría ir?

—¿Al Caribe?

—No exactamente. Volaríamos a Mérida y la idea es alquilar un auto para ir a Chichén Itzá y regresar.

—Pues de Chichén Itzá podríamos pasar unos días en Tulum, que dicen que es el Paraíso. Y ahí, pues quién sabe si tú y yo...



—No lo sé.

—¿Quién nos invita?

—Se llama Leoncio Iturbide.

—¿El arquitecto?

—¿De qué lo conoces? —por un instante creí que el cándido no era Leo sino yo, y que, poco a poco, me enredaba en una telaraña de complicidades tejidas a mis espaldas.

—De revistas —respondió Natasha sin gesto de duda—. Acaba de ganar un premio en Finlandia o en Noruega... en alguno de esos países. Y aquí, en México, está inaugurando una cadena de hoteles con sus diseños; por cierto, horrosos. El que abrieron en Guadalajara tiene la forma de botella de tequila y, el del puerto de Veracruz, de tiburón. Parece que es la moda. También en Las Vegas construyen réplicas de la Torre Eiffel y las pirámides de Guiza.

—Me imagino entonces —comenté tranquilo— que al hotel que nos invita ha de ser una copia del llamado Castillo de Chichén Itzá, que de castillo no tiene nada.

—Imposible.

—¿Por?

—En Mérida no permiten construir edificios de más de dos plantas.

—Ah —dije sin mucha sorpresa, aunque todavía no me acababa de hacer a la idea de esa información inútil que Natasha suele memorizar.

—Pues vamos —apuntó mi esposa—, y si tu amigo no quiere ir a la playa, nos escapamos tú y yo. Me gusta la idea de una segunda luna de miel, y más en el sureste. Dicen que sus ruinas y playas son únicas.

A la mañana siguiente, un cuarto de hora después de abrir la tienda, sonó el teléfono. Levanté el auricular. Era Leo. Le dije que preparará el viaje, el cual fue el primero de muchos que hicimos, ya solos, ya con nuestras esposas. Presenciamos el solsticio de verano en Stonehenge y el equinoccio de invierno en el Panteón de Agripa; conocimos los relojes astronómicos de Wells, Praga, Estrasburgo, Lund y Gdansk; contemplamos al astronauta de Palenque y al medidor de Jens Olsen, en Dinamarca.

La obsesión de mi amigo por el fluir del tiempo lo convirtió, en principio, en un coleccionista de relojes solares y lunares; de agua, de arena, para pasar a los mecánicos, de pila, digitales, de cuarzo, atómicos, cuánticos y, finalmente, biológicos. Él mismo se volvió uno de los relojeros más singulares que he conocido y, cuando se jubiló de la arquitectura, se convirtió en mi socio.

En el segundo piso de la tienda abrimos el Museo del Tiempo, un espacio dedicado a la exhibición de la relojería que la humanidad ha inventado, así como a la venta de diferentes piezas que se podrían llamar de autor, la mayoría, creaciones del propio Leo.

Aquel viaje a Yucatán, sin embargo, fue iniciático.

Y si yo no logré preñar a Natasha durante la semana que estuvimos en la península, sí nos convertimos, al paso de los años, en los padrinos de Domingo Iturbe, el tercer vástago de Leo e Irene, su esposa.

Decía, aquel viaje tuvo varios atractivos. Debo aclarar que en esa época el sureste aún no era explotado turísticamente como Riviera Maya, y el viajero podía asombrarse con prodigios como el descenso del dios Kukulkán a la Tierra por las escalerillas de la pirámide, hecho poco conocido en ese entonces y que luego se volvería un lugar común entre la *middle class*.



Llegamos a Mérida un jueves al mediodía. En el aeropuerto nos esperaba un chofer que, en un Ford Falcon rojo con aire acondicionado, nos llevó de paseo por la decadente Ciudad Blanca para, a la hora de la comida, detenerse en la Hacienda Bacabs. Ahí, mientras tomábamos un aperitivo en los jardines, le dije a Leo:

—Los antiguos dueños de la hacienda reencarnaron en esos pavorrales —le señalé a las tres o cuatro aves que no dejaban de mirarnos—. Su manera de moverse los delata. Se ve que vigilan lo que creen suyo.

Irene soltó una carcajada, Natasha ignoró el comentario mientras que Leo, serio, me cuestionó:

—¿Crees en la transmigración de almas?

—Por supuesto que no, Leo, fue sólo algo que se me ocurrió al ver a los pavorrales.

—Pues tampoco yo creo en la reencarnación, pero sé que existe la posibilidad de congelar el tiempo. Imaginemos que padeciera una enfermedad incurable y antes de morir pudiera, mediante un proceso criónico, meter mi cuerpo en un contenedor lleno de nitrógeno líquido y, al cabo de medio siglo, cuando se descubriera la cura del padecimiento, un científico abriera la cápsula, nivelara mi temperatura corporal, me despertara y, tras someterme al nuevo tratamiento médico, podría seguir vivo varios años más.

—¿No es eso lo que hizo Walt Disney? —indagó Natasha.

—No. Disney murió de cáncer pulmonar —respondí antes que Leoncio—. Pero la leyenda dice que su cuerpo descansa en uno de esos frigoríficos de los que habla Leo a la espera de su resurrección.

—La ciencia —dijo entonces mi amigo—, que no es otra cosa que la predicción exacta de sucesos futuros, va más de prisa que el tiempo, Albert.

—Propongo algo —intervino Irene—: yo no sé si tales máquinas sean reales o no, pero lo que no soporto es este calor. Por favor, entremos al restaurante a refrescarnos y comer. Y ahí siguen discutiendo.

Aprobamos la idea y después de degustar salbutes, tzic de venado, relleno negro, mukbil de gallina y agua de chaya, entre otros manjares de la región, Valdomero, el chofer, nos llevó al hotel que acababa de construir Iturbe y que, en efecto, era horroroso. Simulaba un Kukulcán recostado en forma de media luna que, a su vez, servía de muralla al ojo de agua de un cenote en medio del cemento.

La inauguración del edificio fue una ceremonia sencilla. Casi no había invitados y sí muchos socios de Leoncio. También estaba la prensa y algunos políticos locales. El gobernador del estado cortó el listón rojo y, durante el festejo, habló con mi amigo y su esposa, en tanto que Natasha y yo aprovechamos para, luego de bebernos algunos *whiskys*, intentar convertirnos en padres en la *suite* Hunab-Ku que Leo nos había reservado.

Al amanecer nos llamaron por teléfono de la recepción para decirnos que el desayuno se serviría en media hora, mientras que la salida a Chichén Itzá estaba programada para las diez de la mañana. Y preguntaron si necesitábamos algo.

—Nada, gracias —colgué y, a la hora acordada, nos dimos cuenta de que no sólo los Iturbe y nosotros iríamos a Chichén Itzá, sino también la mayoría de los socios de la cadena hotelera, por lo que nos habían dispuesto una flotilla de camionetas.

Una hora después estábamos en el sitio arqueológico y, antes de contemplar el espectáculo de sombras en la pirá-

mide, un guía le contó al grupo —que no dejaba de sudar a causa del calor y la humedad de la selva baja— la historia de la otrora ciudad en la que nos encontrábamos. Natasha me comentó entonces que el verdadero dios tutelar del México antiguo era Quetzalcóatl, quien se había convertido en Kukulcán en tierras mayas, pero que es la misma deidad que adoraban tanto los teotihuacanos como los mexicas. Leo agregó que se trata de una especie de hechicero nacido como hombre en Amatlán y, después de fundar varias civilizaciones, llegó a la perfección en el templo que ahora visitaríamos y que lleva uno de sus múltiples nombres.

—Un inmortal —afirmó Leoncio con una convicción dogmática— que aún vive entre nosotros.



Más tarde, el guía nos condujo a una pequeña gradería cubierta con una carpa de tela, instalada a unos treinta metros en línea perpendicular a una de las esquinas de la cara norte del Castillo. Varios meseros —me imagino que descendientes de la que fuera una de las culturas más exquisitas de la antigüedad— comenzaron a atendernos cual si fuéramos miembros de la casta divina. Llegado el momento guardamos silencio para ver cómo Kukulcán, el dios serpiente, salía de su templo para descender, en sombreados triángulos isósceles que se dibujaban a su lado, por las escalerillas hacia la Tierra para, en este punto, mostrar su rostro de piedra.

Juro que, en ese momento, sin atender a la exclamación de asombro de Natasha, vi con claridad cómo la sombra del dios vivo, en un vuelo etéreo que se arrastraba sobre el aire, se perdió en la explanada para llegar a la boca del

pozo de los hechiceros del agua y, si bien el cielo era de un azul intenso, de pronto se nubló y empezó a llover.

La mayoría de los invitados de este antiguo ritual — creado por astrónomos mayas— regresamos bajo la tormenta a las camionetas. Al llegar al hotel, nos despedimos de los Iturbe en el *lobby*, pedimos de cenar en la habitación y, a la mañana siguiente, tras darle un abrazo a Leo — quien debía de inaugurar otra obra en Monterrey—, Irene, Natasha y yo, nos fuimos una semana a una cabaña de Tulum para, al cabo de cinco días, volver a México.

✱

—¿Albert?

—Sí, diga.

—¿Cómo estás, hermano? Habla Leo. ¿Tienes planes para hoy en la noche?

—No.

—Pues entonces ya está, los esperamos a cenar en casa. ¿A las nueve te parece bien?

—Sí, por supuesto.

—Apunta.

Y tras algunos segundos, agregó:

—Cráter 2002, en el Pedregal.

—¿Quieres que llevemos algo?

—Con su buen apetito e inteligencia sobra.

—Pues gracias.

—Nos vemos más tarde.

Habían pasado tres semanas desde que regresamos de la península. En ese tiempo no volví a hablar con Leo, aunque Irene y mi esposa ya eran amigas y solían comunicarse por teléfono. Así, fue Natasha quien me contó que Leoncio

se enteró de mi existencia y la de la tienda por un reportaje que me hicieron en el periódico *Unomásuno*. Luego me mandó investigar con un detective privado y, cuando estuvo seguro de que en México nadie sabía más de relojes que yo, tuvo la idea de autenticar algunas piezas de su colección.

La confidencia —con detective incluido— fue una caricia para el ego, para qué negarlo. Y como sucede en estos casos, de entrada, uno se indigna, pero, tras reflexionar un poco, si la averiguación arroja información positiva sobre el investigado, tal persona intentará mantener su estatus, haciendo cosas que, incluso, no guarden relación con aquello que se estudiaba.

Por ello, mientras que Natasha le llevó unas flores a Irene, yo, luego de revisar y limpiar el mecanismo del otrora reloj de bolsillo de Porfirio Díaz, una joya que su esposa Carmen Romero Rubio le había regalado cuando el dictador cumplió setenta años, decidí obsequiárselo a Leo.

Los presentes fueron bien recibidos y, luego de los postres y el café, Leoncio pidió que lo siguiéramos.

—Juan —le ordenó al mesero que nos atendía—, por favor lleva los digestivos al estudio.

Leo afirmó que nos quería sorprender. Manipuló el contacto eléctrico para que el despacho quedara iluminado a medias e hizo que nos acercáramos a un cubo —de un metro cuadrado cada uno de sus lados— que estaba tapado con una tela blanca. Preguntó:

—¿Están listos?

Con gestos respondimos que sí y Leoncio, como si fuera un niño que destapa una tarta de chocolate, levantó la tela blanca y dejó que viéramos una reproducción a escala del Templo de Kukulkán.

—Ahora, observen —dijo mientras apretaba el botón de un control remoto. Una bombilla pequeña que simula-

ba ser el sol, colocada en un carril sobre el techo del cubo y cuya luz pegaba cenitalmente en la cabeza de la pirámide, empezó a moverse. En cosa de un minuto pudimos observar cómo la sombra de Kukulkán descendía por su templo.

—Fascinante —exclamó Natasha emocionada.

—¿A ti qué te parece, Albert? —preguntó Leo, ignorando de alguna manera el entusiasmo de mi mujer.

—La verdad no me gusta —y la verdad no me gustó, como tampoco me gustan los relojes piratas, la falsificación o copia de obras artísticas, los libros facsimilares y la parafernalia imitativa que se suele hacer en torno a un original, sea de lo que sea, pero al darme cuenta de la impertinencia de mi comentario, opté por mentir—: no, no es cierto, Leo, me parece genial, me imagino que tu sol y tu pirámide, además de recrear el equinoccio, son un calendario que inspira a pensar que el tiempo es cosa de un dios, llámese como se llame.

—Captaste la idea, Albert.

—Pero la que debería moverse es la pirámide y, junto a la pirámide, la Tierra, no el sol —alargué la conversación para que mi amigo sintiera que estaba interesado en su trabajo.

—En eso tienes razón, aunque por el momento todavía no resuelvo tal detalle.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿De qué?

—Kukulkanes en serie para venderlos como el único Dios verdadero.

—No. Todas mis piezas —subió la intensidad de la luz del estudio a la vez que extendía la mano para que las viéramos— son para el goce de Irene, mis hijos y amigos. Una vez que muera, estos relojes me mantendrán vivo en el tiempo.



La frase, falaz y cursi, fue poco afortunada, por lo que decidí callarme y revisar su colección de relojes que, sobra decirlo, era la más asombrosa de cuantas había conocido. Elogié las obras que me parecieron notables. Entre Leoncio y yo les contamos a nuestras esposas historias relacionadas con algunas de esas piezas, y acabamos la reunión de madrugada, justo cuando mi amigo aún tenía tiempo para tomar un avión a no sé dónde y yo de abrir la tienda.



A partir de aquella noche las visitas de Leoncio a la relojería se multiplicaron. Cuando no estaba de viaje o trabajando, la tienda era su refugio para hablar de sus proyectos y aprender el oficio de relojero. Nuestras esposas se llevaban de maravilla y empezamos a tener amigos comunes. Luego fue el bautizo de Domingo y, con ello, un compadrazgo sin exigencias ni reproches. Y si bien yo era experto en mecanismos antiguos, Leo me superó en cuanto al uso de nuevas tecnologías. Era tal la mancuerna que formábamos, que decidimos asociarnos, montar el Museo del Tiempo y envejecer de la manera más digna posible.

Luego, un sábado de hace poco menos de tres años, sonó el timbre de la casa. Natasha abrió y me gritó que ahí estaba Domingo. Me levanté de la cama y, en la sala, le pregunté a mi ahijado que qué buenas nuevas traía.

—Le quiero pedir consejo, padrino —dijo tras besarme la mejilla.

—El que quieras, pero si vamos a hablar de mujeres —me volví a ver Natasha—, espera a que me vista y platicamos en otra parte —respondí en tono de broma.

—No, no es eso, Albert.

—¿Entonces?

—Mire —me enseñó un raro reloj de pulsera con una pantalla digital en blanco.

Lo tomé en las manos y vi que en el anillo tenía grabada la marca Cribs.

—¿Y esto? —cuestioné.

—Es la nueva adquisición de papá —apuntó sombrío. Me quedé pensando un instante.

—Ha de ser parte de uno de sus proyectos. Tal vez esté interesado en crear un reloj cuántico o ve tú a saber qué. No entiendo tu inquietud.

—¿Jura que no conoce este tipo de relojes? —me inquirió mi ahijado como nunca lo había hecho.

—Lo juro.

—Pues le llaman el Cronómetro de la Parca. Se trata de un reloj biológico.

—Me hablas en arameo, hijo.

—El idiota de Antonio —comentó Domingo aludiendo a su hermano mayor—, llegó a la comida de los jueves con una noticia que había sacado de internet. El título decía: “Conozca con exactitud cuánto tiempo le queda de vida”. Todos, dada la afición de papá, bromeamos al respecto. Pero cuando nos íbamos, el jefe llamó a Antonio y le pidió que le dejara el papel con la información. Luego reservó un viaje a Suiza y...

—Sí, me invitó.

—¿Y por qué no fue?

—Balmes diría: “Un hombre con pereza es un reloj sin cuerda”. Y, además, cada vez que tu padre viaja, tengo la certeza de que, en unos días, semanas o meses, estaremos exhibiendo en el Museo la copia a escala de la pieza que fue a visitar. Y me ahorro el mal rato de conocer la original y su imitación.

—Nunca le han gustado las reproducciones de papá, ¿verdad?

—Conoces la respuesta. Pero independientemente de eso, mi compadre es el hombre más generoso que he conocido, tanto que le perdono su pésimo gusto.

—Lo entiendo. Aunque ahora lo hubiera librado de hacer una estupidez.

—Nunca lo he hecho y ya estamos grandes para que empiece. ¿Te conté cuando compré un reloj que supuestamente había pertenecido a Baudelaire, pues simulaba el ojo de un felino y llevaba la inscripción “los chinos ven la hora en los ojos del gato”?

—Sí.

—Pues ya ves, incluso lo tenemos exhibido como si fuera auténtico. Tu padre es feliz creyéndose los cuentos que le dicen y, de viejo, aprendió a reconocer las falsificaciones mejor que yo. Además, le sobra dinero y lo puede malgastar en lo que quiera.

—Ahora es distinto, padrino. No se trata de un fraude sino de algo peor.

—Escucho.

—En Suiza compré cuatro relojes idénticos a éste.

—¿Y?

—Uno fue para él, otro es para usted, el tercero lo quiere poner a la venta y, el último, está pensado para el Museo.

—¿Y?

—Que él empezó a usar el suyo la semana pasada. Cuando me lo enseñó, el Cribbs marcaba que le quedaban tres años, un mes, una semana, dos días, ocho horas, quince minutos y seis segundos de vida.

—¿Qué dices?

—Lo que oye, padrino. En la parte trasera del reloj, en lugar de tapa tiene una rejilla que me parece funciona para

escanear la biología del cuerpo humano del que lo usa y, luego de media hora, aparecen los dígitos en la pantalla en una cuenta regresiva.

—Imposible.

—¿Lo quiere probar? Al fin que éste es el suyo.

Observé el reloj, le di vuelta y me percaté que no había manera de abrirlo para observar su interior. La celdilla estaba construida de un material que no supe identificar. Tampoco contaba con corona y la correa era como un medidor de presión arterial. Le di vuelta de nuevo y vi que su pantalla digital no ofrecía ningún dato.

—¿Por qué no lo probamos contigo, Domingo? Al fin que te quedan por vivir muchos años más que yo.

—Porque hay cosas que es mejor no saber, padrino.

—Soy de la misma opinión.

—¿Entonces hablará con el jefe?

—No lo sé.

—Lo que yo sí sé, Albert, es que ese reloj está matando a mi padre. De la semana pasada a hoy el aparato le quitó dos meses de vida y, si sigue a este paso, en menos de un año estará muerto.

—No necesariamente.

—¿Por qué?

—Lo más probable es que esta cosa sea un fraude.

—Sea lo que sea le está haciendo daño, le hará daño. Sólo usted puede convencerlo para que se lo quite y vuelva a la cordura. Ni mamá ni mis hermanos sabemos qué hacer.

Nos quedamos en silencio.

—Llévate esto de regreso —le devolví el Cribs—. Que tu padre no sepa que me viniste a ver ni que me trajiste el reloj. Te prometo hablar con él lo antes posible.

Leoncio no fue a la tienda en casi un mes si se cuentan los quince días que estuvo de viaje. Cuando por fin apareció, sólo le dije:

—¿A qué debo el honor?

—No te burles, hermano, he estado haciendo ejercicio.

—¿Y eso?

—Dándole vida a la vida.

—Pues dale vida al Cartier que está sobre la mesa. Me parece que le falla la rueda motriz. Estoy atrasado con esa entrega.

Leo cambió entonces su saco de *tweed* por la bata de trabajo y, sin decir palabra, se acercó al aparato de música, puso unas *Polonesas* de Chopin y se dispuso a componer el reloj averiado. Habrán pasado tres horas cuando afirmó:

—Listo. Este Cartier quedó mejor que nuevo. ¿Lo quieres probar?

—No es necesario.

—Bien, ¿qué más hay que hacer?

—¿Recuerdas el Baudelaire que está en el Museo? —pregunté en un intento por llevar la conversación al terreno del Crib.

—Sí, ¿qué pasa con él?

—Descubrí que es falso.

—No me digas.

—Lo lamento, pero...

—No, no lo lamentas —por primera vez vi a mi compadre exaltado—. Si lo lamentaras me lo hubieras dicho desde el día que lo traje.

—Pero...

—Si bien “los chinos ven la hora en los ojos del gato”, yo veo las mentiras en los ojos de los hombres y, aunque no lo creas, fuiste tú el que me lo enseñó.

# ÍNDICE

MUSEO DEL TIEMPO.....	9
EL DESCUBRIMIENTO DEL SIGLO.....	33
LA ABOGADA DEL DIABLO.....	57
EL ENANO SONRIENTE.....	75

«MUSEO DEL TIEMPO»  
DE MARCIAL FERNÁNDEZ

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 3 DE MAYO DE 2019  
EN LOS TALLERES DE EL ERRANTE EDITOR S.A DE C.V.  
PRIVADA EMILIANO ZAPATA NÚM. 5947,  
COL. SAN BALTAZAR CAMPECHE, PUEBLA, PUEBLA, CP. 72550.  
SE TIRARON 1000 EJEMPLARES.